

PERSONAJES

SANZ CHUNG  
HAY DE  
LA TORRE  
SANCHEZ  
BARRUETO  
VALLOMARES  
HERNANDEZ  
SANCHEZ  
FRANCISCO

H  
E  
H  
A  
L  
L  
A  
D  
O  
.  
.  
.

He hallado lo que no buscaba  
en las huellas de la arena:  
la sombría señal de la genealogía,  
adherida desde lejos,  
en todos los lados del olvido.  
Regresé, no muy lejos estaba,  
y he hallado lo imperecedero vestido  
con la paciencia de los muros:  
por eso creo en la faz no vista  
atrapada en la capa de lo físico,  
creo en las mentiras salidas  
como desde el fondo de un pozo  
conservando su inigualable voz,  
creo en las mentes apagadas como paredes  
venidas desde la sed de la inconsciencia,  
creo en los márgenes de los ríos  
extensos como el rastro de las estrellas,  
creo en las palabras marchitas y  
en los corazones de escarcha  
atados como ramos de aurora.  
Al final, creo en todo lo tristemente recorrido,  
todo lo que tiene color de cosecha.

LUIS VALLADARES HERNÁNDEZ



# LA CONVENCION

Había

osos bipolares  
mujeres de líneas telefónicas  
ovejas que balan a las 16 boras de la mañana  
enterradores que cultivan cadáveres sobre  
flores

arañas que sangran  
fantasmas perdidos en la oscuridad  
árboles de smog respirando aire  
hombres para parques dormidos  
escaleras que no eran ni para subir ni para bajar  
SINO Para caminar de frente

los días antes de  
sentados junto al vacío vacío  
niu riches de mozos tomándose los conchos de  
wbisky

discutiendo

la cantidad de colores  
con la que cada uno  
debía ser descrito  
pero todos  
absolutamente todos  
concluyen  
en tu imaginación

JOSÉ AGUSTÍN HAYA DE LA TORRE C.

# J A G U A R

Mi universo es lo que toco,  
veo y huelo.

Nace en mis recuerdos más antiguos,  
y se extiende, como una cadena de imágenes,  
hasta el último de los árboles  
que alcanzo con la mirada.

Mi camino es la huella  
que, como una cicatriz,  
dejo grabada sobre el lomo de la selva.

Mi destino es el presente,  
y el tiempo que he vivido,  
son los años que llevo tatuados,  
como islas de sufrimiento, sobre la piel.

En mi universo existe un orden,  
tan brutal y salvaje,  
que me resulta incomprensible.

No existen reyes ni súbditos,  
existen depredadores y presas.

Y Tener que matar para calmar  
este apetito incontenible,

y aguantar la desesperación de mis víctimas  
cuando apreto su cuello entre mis fauces,

y soportar la tortura del silbido que emiten  
cuando sólo respiran con un hilo de aire;

es Tener la convicción de que,  
después de la muerte, no existe el infierno.

El infierno está aquí,

untado sobre nuestra lengua  
que muere con cada bocado.

En mi universo, la crueldad  
es ironía.

Se ensaña con cada eslabón de mis recuerdos.  
Los tiñe de luto y los viste de sangre.

Los toma por la cintura,

y los tritura con la misma violencia  
con la que despedazo a una presa.

Por eso la crueldad  
no lleva otra cara que la mía.

Yo soy el que tritura los recuerdos  
de las madres que vieron a sus hijos

morir bajo mis garras.  
Yo soy a quien evocan  
cuando maldicen a la vida por su suerte.  
Y con los colmillos desenfundados,  
y con los ojos que muerden,  
soy la imagen del terror  
que domina sus pesadillas.

Ya no tengo fuerzas  
para seguir tirando de esta cadena.  
Aunque me sobran energías  
y una sola razón para seguir viviendo.  
Una sola y férrea esperanza:  
que algún día llegue a mi destino  
alguien más fuerte, más violento  
y con más hambre de muerte que yo,  
y devore mi carne, trozo a trozo,  
y con ella mis recuerdos, uno a uno,  
para que vivan en él y se multipliquen,  
y germinen en su alma con dolor.  
Incomprensibles, como lo fueron para mí.

Lástima que el futuro  
no forme parte de mi universo.

## B U H O

Desde el punto de vista de un Rinoceronte,

mi vida se reduce  
a una continua huída de la realidad  
y a un ensimismamiento  
en la soledad y el sueño.

Desde el punto de vista de la noche,  
o de estas burbujas de cristal ahumado  
que se revitalizan en la penumbra,  
mi vida se extiende por el mundo  
como un árbol de infinitas ramificaciones  
que encuentra su alimento  
en el húmedo silencio de la tierra.  
Un Rinoceronte nunca podrá entender,  
en su ansiedad por ver mejor,

que alguien pueda vivir de día  
con los ojos cerrados  
y de la misma forma que yo:  
planeando desde el primer minuto del amanecer,  
pero recordando cada segundo desde el ocaso.

No huyo del sol  
ni del vuelo de otras aves;  
;Más bien, desde mis tinieblas,  
les doy otro matiz  
y les brindo, entre otras cosas,  
nuevos aromas que he ido descubriendo  
gracias a mi cercanía con la oscuridad.  
Pero, de entre ellos, hay uno  
que ha calado en mis pulmones,  
tan profundo,  
que mi devoción por la noche  
sólo se justifica con él.

Es el aroma de la muerte.  
Y tal vez es una mezcla de jazmines,  
geranios y hierba mojada,  
o de eucaliptos, duraznos y peras.  
O tal vez es todo junto,  
o cada uno de ellos  
a distintas horas.  
Aún no lo sé.  
Pero sé que ese aroma  
acompaña a cada sombra que se desliza  
entre los árboles.  
Sé que les palpita con una sonrisa  
en los pulmones,  
y sé que son felices,  
porque sus susurros llegan hasta mí  
con el mismo olor.

Soy una sombra con luz de luna,  
igual que ellos.  
Y cada vez me siento un poco más vivo,  
porque cada noche  
me siento un poco más cerca  
de la muerte.

Recuerdo  
De cuando estábamos  
Bajo la lluvia  
    Tu escarabajo violeta  
    Y tu seno araña.

Recuerdo  
Tu oreja fuerte sobre mi cuello  
Y la mirada absoluta  
    De mis ojos desnudos  
    Ante la nada  
                                    Luminosa  
(huevo insípido sobre la mesa).

Recuerdo  
    La lucha  
    El miedo  
Y uno que otro sueño.

## ATLÁNTIDA

Tu presencia  
                                    Atlántida  
perdura en toda orilla  
    de  
                                    granos de arena revuelta.

Nada nos sugiere que  
te esperemos:

eterna fusión  
de tierra y mar

sólo

te perdiste.



# ESTA VOZ ...

A Julio,  
como a Miguel.

Esta voz parece  
un aeroplano,  
una corriente amarilla  
    con hambre universal,  
una fotografía  
    De un espejo  
y un sueño que se extiende.

El sonido es mío  
antigua propiedad de la luz;

    la belleza de una escalinata  
    es casi toda violencia.

Mas ahora  
    ella  
centellea,  
    juega a ser como yo  
    Y se olvida en el eco.

DIEGO ALONSO SÁNCHEZ BARRUETO



# El Sirviente de los demonios

A Alejandro Dolina

**N**o son pocos los que se apiadan y burlan de mí al saber mi oficio. Me pasa en las altas torres de fuego, en las minas de azufre, en la repartición del rancho o a las orillas del Estigio, que hombres macilentos, de barbas chamuscadas por el fuego y terribles ojos color ceniza, se me acerquen y digan, "Qué terrible, hombre, "Lo de usted, sí que es terrible". A veces hasta tratan de abrazarme, pero como sé que todo lo que dicen y hacen es simulado, los miro con desprecio y trato de alejarme lo más rápido que pueda de ellos. Por eso, normalmente, mis paseos son breves y llenos de sobresaltos; casi siempre acabo en mi celda al poco rato de haber salido. Llego a ella presuroso, cerrando tras de mí la puerta, más desalentado y triste que nunca, en busca de una imposible tranquilidad. Así termino siempre: echado en un rincón del calabozo, llorando en silencio, con la mirada volteada a la pared, mientras espero el llamado atronador de mis amos para ponerme a sus órdenes.

Porque sí, es espantoso mi oficio. La voz de orden puede llegar a cualquier hora, sea de día o de noche, esté despierto a dormido. No debo demorarme en estar presente ante la pavorosa imagen de ellos. Yo tengo que cumplir, tengo que estar en medio de su corte, y hacer la reverencia del caso; debo vestir de manera impecable y sonreír con alegría, a pesar que ellos, después, se burlen de mis ropas y ridiculicen mis gestos hasta ver mis ojos llenos de lágrimas y mis manos temblar de pena y rabia. Luego comienzan a dictar sus órdenes. De su hocico de grifo salen los más inextricables y perversos mandatos. Sus órdenes son extensas, pero yo solamente entiendo dos o tres cosas. Hablan en un argot medieval o en alguna lengua muerta que yo no domino. Hablan en sánscrito, en umbro o en un corrompido arameo. A veces, en vez de hablar, me miran fijamente, y esto es espantoso, pues tratan de que yo interprete y comprenda rápido su silencio. Como no soy demasiado veloz y no comprendo a cabalidad sus pedidos, mis trabajos siempre son incompletos o erráticos. Entonces mis amos no tardan en cobrar venganza. Me someten a castigos y tormentos

diciendo que es para corregirme, que yo seré mejor después de la tortura. Por eso no hay círculo del infierno que yo no haya padecido en carne propia, ni tampoco animal salvaje que no me haya dado muerte con sus fauces. Este castigo es uno de los que más gozan mis amos. A veces ordenan, "¡Qué se lo coman los chacales!"; otras veces, "¡Suelta a los leones y que se devoren este estropajo!". No hay animal que no me haya devorado alguna vez. Lo más terrible es cuando soy devorado vivo por bestias que no conocen bien el oficio, como las jirafas, los gorriones o los niños; uno va sintiendo con más dolor las torpes mordidas o picotazos, uno va viendo como el rostro le va cambiando a su improvisado depredador cuando siente el sabor de la sangre caliente en sus labios. Esas miradas nunca se olvidan; esas miradas de forzado asesino que a uno se le clavan en el alma como candentes y agudos puñales.

Pero más terrible que los castigos, son los encargos. Para comprender siquiera una parte de ellos, paso largas horas estudiando viejos libros en la biblioteca. Mis horas de sueño las sacrifico por pesadas horas de lectura y estudio de textos impiadosos e intolerables. Las noches o mis ratos libres son tiempos de horror en los que trato de aprender lenguas, personajes y faunas de los lugares más remotos o de pueblos tragados por el tiempo. La biblioteca del infierno no es escasa. Lo malo es que casi todos los libros son de mala literatura; sus polvorosos estantes están llenos de poesías sosas y apócrifas, libros de hechicería, discursos políticos, manifiestos ideológicos, periódicos amarillos, informes económicos y alguno que otro tratado científico. Leer estos libros es una tortura y, sin embargo, ahí he tenido que aprender, en infinitos siglos, las ochocientas treinta y dos lenguas que hablo. Pero mis amos, conocedores de mi aprendizaje, lanzan sus órdenes cada día en nuevas lenguas. Por eso, a pesar de los siglos, cada vez los entiendo menos. Aún así pongo cara de que sí entendí luego de escuchar sus órdenes, y voy hasta las grutas más altas y heladas donde viven los ángeles que tanto les gusta devorar. Los ángeles constituyen el principal alimento de mis amos. Estos seres regordetes y amanerados, de alas cortas y de dos pies de altura, son fáciles de cazar. Casi siempre están durmiendo o mirando con aire de ausencia el resplandor del sol en la nieve. En cuanto llego comienzan a arrojarme piedras, pero

mayormente no ponen mucha resistencia. Así que, muerto de risa, los mato de un mordisco y lleno mi alforja con sus cuerpos hasta que mis dientes comienzan a castañetear de frío. En el camino voy quitándoles las alas y pensando como los he de guisar. Preparado el banquete lo sirvo, y aunque mis amos terminan chupándose los dedos y lamiendo con su lengua sarrosa los platos y bandejas, no están conformes. Mientras se limpian sus largas uñas y liman la punta de sus cuernos, van pensando en el castigo a propinarme. Ayer, por ejemplo, tuve que, engullirme tres ratas vivas, para, minutos después, morir lanceado por los adoradores de un dios africano que me acusaban de hereje e insurrecto. Y el otro día, el menor de mis hijos se devoró a su madre mientras esta pedía mi ayuda. A mitad de la matanza, y cuando yo ya no daba más, mis amos pidieron que intervenga, pero para ayudar a mi hijo a terminar con todo, a no dejar rastro ni hueso sin comer. Y no hace mucho mis amos me condenaron a observar en su caldera lo que fui en vida. En vida fui un rey cruel, acaso el más cruel de los reyes. Reinaba sin clemencia alguna. No escuchaba a nadie más que a mí mismo. Renegué de los dioses y aplasté a cuantos pueblos pude con mi poderoso y sangriento ejército. Empalé a niños y mujeres, y quemé viva a mi familia en unos de mis cuantiosos arrebatos alcohólicos. Yo no tuve piedad por nadie, ni quise a nadie. Cada imagen que se me mostró, sobre la superficie vaporosa de esa caldera, me produjo un dolor espantoso en el alma; no paraba de gritar, "¡Basta!, ¡Basta!, ¡Por favor, basta ya!", mientras me arañaba el rostro e intentaba arrancarme los ojos para dejar de ver aquellas horribles visiones.

Por eso, cuando camino por los angostos desfiladeros, por las orillas del mar de lava, o me siento entre las piedras candentes de un cráter para pensar en mi espantoso destino y llorar a solas por mi desgracia; y algún condenado, desde su cámara de tormentos, logra verme, sé que en el fondo dice, "Ahí va uno más desgraciado que yo", "Ese sí que sufre más que yo", y lo dicen con el estripecol hasta el cuello o con el cuerpo desollado y enllagado o consumidos por las llamas eternas del holocausto. Verme triste y cansado, paseando con cara de sueño cerca de ellos, les da fuerza para resistir. Pero a veces, cuando ya no puedo más y escucho esa estúpida pregunta, siento que yo también tengo mi revancha al responderles, al decirles la verdad en su propia cara. Mi

respuesta es como un latigazo para el espíritu de quien la oye. Porque no son pocos los que se resisten, con los ojos brillosos y la mueca mordaz, a hacerme la pregunta, la estúpida pregunta, " Dígame, señor ¿Qué es lo peor de ser el sirviente de los demonios?", " Hombre, cuente ¿Qué es lo peor?" Y a veces, sólo a veces, cuando su burla me parece excesivamente obscena y ofensiva, contesto, " El aburrimiento, he ahí lo peor. El aburrimiento es nuestro verdadero infierno. Después de siglos uno se acostumbra a todo, hasta al dolor. Después de siglos, el tormento deja de ser tal, las llamas de la hoguera ya no nos arden como en un principio, ni el estiércol nos es tan nauseabundo, ni nuestro cuerpo desollado nos es tan doloroso. Uno se acostumbra a todo, hasta al dolor. Nos resignamos a todo, pero jamás al aburrimiento. Y qué es el aburrimiento, sino el saber que nada va a cambiar, que las llamas que hoy nos quemán seguirán ardiendo mañana y el estiércol estará bañando nuestro cuerpo eternamente. Es el saber que nada nuevo va a sucedernos, que todo va a ser igual siempre. Eso es el aburrimiento, eso es lo peor, desgraciado amigo; lo más terrible de nuestra espantosa condición. Después de tantos milenios ya estoy aburrido de hacer lo que hago, de hacer y de padecer siempre lo mismo; usted acaso, ¿no?" Mi respuesta normalmente los deja contrariados. Ya no me miran con sorna, ni conmisericación, sino más bien con desconfianza y extrañeza. Y hasta hay veces en que se alejan insultándome o amenazándome de muerte. Pero, mayormente, casi nunca me entienden, balbucean dos o tres cosa ininteligibles y ponen esa misma cara que yo, ese mismo rostro idiota que yo, seguramente, pongo ante mis amos cuando éstos me dan, entre risotadas e insultos, algunas de sus indescifrables órdenes.

MOISÉS SÁNCHEZ FRANCO

UNMSM / 2001 Número 3  
 sociedadedefante@starmedia.com